Guía de Oración

Queridos Hermanos y Hermanas,

Esta es una guía para los orantes, en nuestro encuentro diario durante este tiempo de la maratón de 72 horas.

Abramos nuestro corazón a Dios Padre y dialoguemos íntimamente con él, usando nuestras palabras simples y espontaneas, sabiendo que él nos está escuchando.

Oracion al Espíritu Santo

Dios omnipotente, eterno, justo y misericordioso, concédeme, miserable de mí, hacer siempre, por tu gracia, lo que tú quieres, y desear siempre lo que a ti te agrada.
Purifica mi alma para que, iluminado por la luz del Espíritu Santo y encendido por su fuego, pueda seguir el ejemplo de tu Hijo y nuestro Señor Jesucristo.
Concédeme llegar, solo por tu gracia, a ti, altísimo y omnipotente Dios, que vives y reinas en gloria, en perfecta Trinidad y en simple unidad, por los siglos eternos. Amén.
San Francisco de Asís (Fiesta 4 de Octubre)

Salmo 143. De David.

Señor, escucha mi oración,
inclina tu oído a mi súplica,
tú que eres fiel,
y respóndeme por tu justicia.
2 No entres en juicio con tu siervo:
ningún ser humano es justo ante ti.
3 El enemigo me persigue,
aplasta mi vida en la tierra,
me ha relegado a las tinieblas
como a los muertos de antaño.
4 Mi espíritu desfallece en mí,
mi corazón se hiela.
5 Recuerdo los días antiguos,
medito todas tus obras,
reflexiono en tus maravillas.
6 Extiendo mis manos hacia ti,
mi alma, como tierra sedienta.
7 Respóndeme pronto, Señor,
mi espíritu desfallece.
No me escondas tu rostro,
o seré como los que descienden a la fosa.
8 Hazme oír tu amor por la mañana,
pues en ti confío.
Indícame el camino que debo seguir,
porque a ti elevo mi alma.
9 Sálvame de mis enemigos, Señor,
en ti me refugio.

10 Enséñame a cumplir tu voluntad,
porque tú eres mi Dios.
Que tu buen espíritu
me guíe por tierra firme.
11 Por tu nombre, Señor, hazme vivir,
líbrame de la angustia por tu justicia.
12 Por tu fidelidad, destruye a mis enemigos,
haz perecer a mis opresores,
porque yo soy tu siervo.

103 Dios es amor De David.

Bendice al Señor, alma mía,
que todo en mí bendiga su santo nombre.
2 Bendice al Señor, alma mía,
no olvides sus muchos beneficios.
3 Él perdona todas tus culpas,
cura todas tus dolencias;
4 rescata tu vida del abismo,
te corona de amor y compasión;
5 él sacia de bienes tus días
y tu juventud se renueva como la del águila.
6 El Señor obra con justicia
y defiende a todos los oprimidos.
7 Dio a conocer sus caminos a Moisés,
sus hazañas a los hijos de Israel.
8 El Señor es compasivo y clemente,
lento para la ira y grande en amor.
9 No está siempre en pleito
ni guarda su enojo eternamente.
10 No nos trata según nuestros pecados,
ni nos paga según nuestras culpas.
11 Como la altura del cielo sobre la tierra,
así es de grande su amor para los que le temen;
12 como dista el oriente del occidente,
así aleja de nosotros nuestras transgresiones.
13 Como un padre se compadece de sus hijos,
así el Señor se compadece de los que le temen.
14 Porque él sabe de qué estamos formados,
recuerda que somos polvo.
15 Como la hierba son los días del hombre,
como la flor del campo, así florece.
16 El viento lo azota y ya no existe
y su lugar no lo reconoce más.
17 Pero la misericordia del Señor es eterna
para los que le temen,
y su justicia para los hijos de sus hijos,
18 para los que cumplen su alianza
y recuerdan sus preceptos.
19 El Señor ha establecido en el cielo su trono

y su reino gobierna el universo.
20 Bendigan al Señor, todos sus ángeles,
poderosos en fuerza que cumplen su palabra,
obedientes a la voz de su palabra.
21 Bendigan al Señor, todas sus huestes,
ministros suyos, que cumplen su voluntad.
22 Bendigan al Señor, todas sus obras,
en todo lugar de su dominio.
Bendice al Señor, alma mía.

Palabra de Dios, del Evangelio según San Mateo 5:43-48

43 Han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; 44 pero yo les digo:
Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, 45 para que sean hijos de su Padre
celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. 46
Porque si aman a quienes los aman, ¿qué mérito tienen? ¿No hacen lo mismo también los
publicanos? 47 Y si saludan solo a sus hermanos, ¿qué hacen de más? ¿No hacen lo mismo
también los paganos? 48 Sean, pues, perfectos, como su Padre celestial es perfecto.

1 Pedro 1:13-21

13 Por eso, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os dará en la revelación de Jesucristo.
14 Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que teníais antes en vuestra ignorancia,
15 sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir;
16 porque escrito está: "Sed santos, porque yo soy santo."
17 Y si invocáis como Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación;
18 sabiendo que fuisteis redimidos de vuestra vana manera de vivir, heredada de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata,
19 sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha,
20 ya determinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros,
21 y mediante el cual creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza estén en Dios

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 18 de diciembre de 1985

La santidad de Dios

1. En la catequesis pasada reflexionamos sobre la santidad de Dios y sobre las dos características —la inaccesibilidad y la condescendencia— que la distinguen. Ahora queremos ponernos a la escucha de la exhortación que Dios dirige a toda la comunidad de los hijos de Israel a través de las varias fases de la Antigua Alianza:

"*Sed santos, porque santo soy yo*, el Señor, / vuestro Dios" (*Lev* 19, 2).

"Yo soy el Señor que os santifica" (*Lev* 20, 8), etc.

El Nuevo Testamento, en el que Dios revela hasta el fondo el significado de su santidad, acoge de lleno esta exhortación, confiriéndole características propias, en sintonía con el "hecho nuevo" de la cruz de Cristo. Efectivamente, Dios, que "es Amor", se ha revelado plenamente a Sí mismo en la donación sin reservas del Calvario. Sin embargo, también en el nuevo contexto, *la enseñanza apostólica* propone de nuevo con fuerza la exhortación heredada de la Antigua Alianza. Por ejemplo, escribía San Pedro: "...conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo vuestro proceder, pues escrito está: Sed santos, porque santo soy yo' " (*1 Pe* 1, 15).

2. ¿*Qué es la santidad de Dios*? Es absoluta "*separación*" *de todo mal moral*, exclusión y rechazo radical del pecado y, al mismo tiempo, *bondad absoluta*. En virtud de ella, Dios, infinitamente bueno en Sí mismo, lo es también con relación a las criaturas (*bonum diffusivum sui*), naturalmente según la medida de su "capacidad" óntica. En este sentido hay que entender la respuesta que da Cristo al joven del Evangelio: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios" (*Mc* 10, 18).

Ya hemos recordado en las catequesis precedentes la palabra del Evangelio: "Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (*Mt* 5, 48). La exhortación que se refiere *a la perfección de Dios en sentido moral*, es decir, a su santidad, expresa, pues, el mismo concepto contenido en las palabras del Antiguo Testamento antes citadas, y que toma de nuevo la primera Carta de San Pedro. La *perfección moral* consiste en la exclusión de todo pecado y en la absoluta afirmación del bien moral. Para los hombres, para las criaturas racionales, esta afirmación se traduce en la conformidad de la voluntad con la ley moral. Dios es *santo en Sí mismo*, es la santidad sustancial, porque *su voluntad se identifica* con la ley moral. Esta ley existe en Dios mismo como en su eterna Fuente y, por eso, se llama *ley Eterna* (*Lex Aeterna*) (Cf. *Summa Theol.* I-II q. 93, a. 1).

3. Dios se da a conocer al hombre como *Fuente de la ley moral* y, en este sentido, *como la Santidad misma*, antes del pecado original a los progenitores (*Gen* 2, 16), y más tarde al Pueblo elegido, sobre todo en la Alianza del Sinaí (Cf. *Ex* 20, 1-20). La *ley moral* revelada por Dios en la Antigua Alianza y, sobre todo, en la enseñanza evangélica de Cristo, *tiende a demostrar* gradual, pero claramente, la sustancial *superioridad e importancia del amor*. El mandamiento: "amarás" (*Dt* 6, 5; *Lev* 19, 18; *Mc* 12, 30-31, y par.), hace descubrir que también la santidad de Dios consiste en el amor. Todo lo que dijimos en la catequesis titulada "Dios es Amor", se refiere a la santidad del Dios de la Revelación.

4. Dios es la santidad porque es amor (*1 Jn* 4, 16). Mediante el amor está separado absolutamente del mal moral, del pecado, y está esencial, absoluta y transcendentalmente identificado con el bien moral en su fuente, que es Él mismo. En efecto, amor significa precisamente esto: querer el bien, adherirse al bien. De esta eterna voluntad de Bien brota *la infinita bondad de Dios* respecto a las criaturas y, en particular, respecto al hombre. Del amor nace su clemencia, su *disponibilidad a dar* y a perdonar, la cual ha encontrado, entre otras cosas, una expresión magnífica en la parábola de Jesús sobre el hijo pródigo,

que refiere Lucas (Cf. *Lc* 15, 11-32). El amor se expresa en la *Providencia*, con la cual Dios continúa y sostiene la obra de la creación.

De modo particular el amor se manifiesta en la *obra de la redención y de la justificación* del hombre, a quien Dios ofrece la propia *justicia en el misterio de la cruz de Cristo*, como dice con claridad San Pablo (Cf. la Carta a los Romanos y la Carta a los Gálatas). Así, pues, el amor que es el elemento esencial y decisivo de la santidad de Dios, por medio de la redención y la justificación, guía al hombre *a su santificación* con la fuerza del Espíritu Santo.

De este modo, en la economía de la salvación, *Dios* mismo, como *trinitaria Santidad* (= tres veces Santo), toma, en cierto modo, la iniciativa de realizar por nosotros y en nosotros lo que ha expresado con las palabras: "Sed santos, porque santo soy yo el Señor, vuestro Dios" (*Lev* 19, 2).

5. A este Dios, que es *Santidad porque es amor*, se dirige el hombre con la más profunda confianza. Le confía el misterio íntimo de su humanidad, todo el misterio de su "corazón" humano:

"Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza, / Señor, mi roca, mi alcázar, mi liberador; / Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, / mi fuerza salvadora, mi baluarte..." (*Sal* 17/18, 2-3).

La salvación del hombre está estrechísimamente *vinculada a la santidad* de Dios, porque depende de su eterno, infinito Amor.

IRRADIARE CRISTO

Jesús, ayúdanos a difundir tu perfume dondequiera que vayamos;
inúndanos con tu espíritu y tu vida;
toma posesión de nuestro ser tan plenamente,
que toda nuestra vida sea solo una irradiación de la tuya;
resplandece en nosotros y a través de nosotros;
que quienquiera que se acerque a nosotros sienta en nosotros tu presencia;
quien venga a nosotros busque a Ti y vea solamente a Ti;
quédate con nosotros, así comenzaremos a resplandecer como resplandeces Tú,
para ser luz para los demás;
la luz, Jesús, vendrá toda de Ti, y nada de ella será nuestra propiedad;
serás Tú quien ilumine a través de nosotros;
haz que te alabemos de la manera que a Ti te agrada,
derramando tu luz sobre quienes nos rodean;
que nosotros prediquemos de Ti, sin predicar,
sino con nuestro ejemplo, con la fuerza que atrae,
con la seductora influencia de nuestro actuar,
con la evidente plenitud del amor que nuestro corazón desborda.
Amén.
(J. H. Newman)

Oración de Liberación:

Oh Señor, tú eres grande, tú eres Dios, tú eres Padre, te rogamos por la intercesión y con la ayuda de los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, para que nuestros hermanos y hermanas sean liberados del maligno.

De la angustia, de la tristeza, de las obsesiones. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
Del odio, de la fornicación, de la envidia. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
De los pensamientos de celos, de ira, de muerte. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
De todo pensamiento de suicidio y de aborto. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
De toda forma de sexualidad mala. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
De la división familiar, de toda amistad mala. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
De toda forma de maleficio, de hechicería, de brujería y de cualquier mal oculto. Te rogamos, ¡líbranos, oh Señor!
Oremos: Oh Señor que has dicho: "Os dejo la paz, os doy mi paz", por la intercesión de la Virgen María, concédenos ser liberados de toda maldición y gozar siempre de tu paz. Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

Coronilla de la Divina Misericordia
Santo Rosario

¡Que el Señor te bendiga!

